



Dani se hace invisible

Mónica Acuña



Se siente lindo en primavera. Los árboles ofrecen un sinfín de colores que emanan de sus hojas y flores: verdes, lilas, rosas, anaranjadas. Anidan pájaros que trinan a toda hora y garabatean figuras por el aire. El bullicio de la gente se escucha con más intensidad. Al menos así era en la plaza de mi barrio, donde mi mamá me llevaba cada viernes a la tarde a jugar con mis amigos.

Hubo un viernes en particular, en el que llegamos más temprano que de costumbre. Mientras acomodábamos nuestras cosas en el banco de la plaza, se acercó Dani. Me gustó su forma despreocupada de invitarme a ser su amiga, tenía una sonrisa dibujada en su cara y, por cómo se movía, un deseo enorme de jugar. Solté mi mochi y salimos corriendo a jugar a la mancha.

En el medio de la plaza había un cohete. Me propuso subir y viajar a un lugar mágico donde el sol, las plantas y el agua era el más lindo escenario. Hacía chistes locos, que despertaban la risa y diversión. Esa tarde cocinamos tortitas de barro geniales y hasta jugamos a ser bailarines. El tiempo transcurrió rápido, siempre que se juega el tiempo hace esas cosas. Desde entonces, de tanto en tanto coincidíamos en la plaza a jugar. Su espontaneidad y frescura lo hacía un amigo con quien disfrutar de juegos divertidos.

Una vez, mientras jugábamos, le conté que estaba triste porque mi mamá me había retado, es que no había ordenado mis juguetes como ella me lo había pedido. Él me escuchó, entonces le pregunté: ¿A vos qué cosas te ponen triste? Justo en ese instante en que terminaba de formular la pregunta, ¡DESAPARECIÓ! Estábamos haciendo torta de chocolate con la tierrita del cantero. Fue grande mi sorpresa, lo busqué detrás del árbol, debajo del tambor, lo llamé, pero nada. Dani se había esfumado. Respiré profundo lamentando que se hubiera ido sin entender demasiado cómo es que había sucedido. Pronto se acercaron mis amigos y se sumaron a terminar la torta. La decoramos con flores y piedritas de la plaza. Quedó hermosa. Les pregunté si habían visto a mi amigo nuevo, pero nadie sabía de él.

En mi adentro pensaba: qué pena que Dani no pudo ver lo colorida que había quedado la torta.

Mi mamá siguió llevándome a la plaza. Me encontraba con Julián, Pedro, Lisandro, Lucía, pero de Dani, nadie sabía ni mu. Jugábamos a los astronautas, al juego de la oca, en las hamacas y cuando llegaba la hora de la leche, regresábamos a nuestras casas.

Aquel viernes estuvo más luminoso. De lejos pude verlo. Entre todos mis amigos estaba Dani. Jugamos, reímos, corrimos, danzamos, saltamos mientras el tiempo pasaba volando, sin que pudiéramos percibirlo. Mientras descansábamos, mi mamá nos dió agua. Le conté a Dani "mi sueño es ser jardinera y también escritora ¿Y el tuyo?" le pregunté. Justo en el instante en que terminaba de formular la pregunta, Dani comenzó a esfumarse. Primero fue su cara, luego el resto del cuerpo hasta llegar a las palabras. Miré a mi alrededor, lo busqué entre los juegos de la plaza, pregunté a mi mamá si acaso lo había visto, pero nada. Dani se había vuelto invisible una vez más.

Así sucedía cada vez. Desaparecía un tiempo y volvía. Ante preguntas como: ¿Qué te hace feliz? ¿Cuáles son tus sueños? ¿Qué te enoja? ¿Cómo son tus días? ¿Lloras? ¿Tenés más amigos?, él comenzaba a esfumarse hasta hacerse invisible. Un día, al llegar a la plaza lo veo. Estaba sentado bajo el árbol que había al costado de la hamaca. Me acerco y lo invito a jugar. El cohete nos esperaba en el centro de la plaza. Saltamos, cantamos, corrimos. En medio de la corrida, tropezó y cayó. Detrás de la rotura del pantalón, a la altura de la rodilla, se asomaba el raspón que sangraba. Yo tenía un pañuelito que mi mamá siempre me ponía en el bolsillo de mi pantalón, con el que le ayudé a curar la herida. Le pregunté: ¿Te duele? Y justo en ese instante, me reproché la pregunta, no quería que se esfumara. Pero para mi sorpresa respondió: "Sí", y siguió allí, con algunas lágrimas que asomaban por el dolor que ocasionaba el raspón. Él se dejó abrazar fuerte, yo no quería que se sintiera triste ni que se volviera invisible. Mientras curaba su raspón, la herida dejó

de sangrar. Con la sonrisa de par en par, a la voz de uno, dos, tres, ambos corrimos carrera para ver quién llegaba primero a la hamaca. Jugamos y reímos el resto del tiempo, hasta que mamá me llamó para regresar a casa.

Ese día, fue el comienzo de otros en el que Dani, poco a poco dejó de hacerse invisible. Nos confiábamos secretos, miedos, sueños. Reíamos con sus alocadas ideas y salidas. Con su amistad olvidaba la tristeza que a veces sentía al extrañar a mi papá o mis abuelos. Los juegos eran más divertidos cuando los compartía con él.